

La última sardina del Carnaval

En el pequeño pueblo de Vilafesta, el Carnaval se vivía con mucha alegría. Los desfiles llenaban las calles de colores, disfraces y música. Todos bailaban y reían sin parar. Pero al llegar el Miércoles de Ceniza, la fiesta cambiaba de tono.

Aquel día, los vecinos se reunían para despedir el Carnaval con un acto muy especial: el entierro de la sardina. Era una antigua tradición que simbolizaba el final de la diversión carnavalesca y el comienzo de la Cuaresma, un tiempo más tranquilo y de reflexión.

Martí, un niño de siete años muy despierto, nunca había entendido por qué había que enterrar una sardina.

— ¿Por qué hacemos esto? —preguntaba una y otra vez.

— ¡Porque es tradición! —respondía su abuela Remei.

Pero Martí quería saber más. Aquel año decidió participar para comprenderlo mejor.

El miércoles por la tarde, todo el pueblo se reunió en la plaza. Un grupo de adultos disfrazados de viudas lloraba de manera exagerada. Llevaban una sardina enorme de cartón sobre una tabla, como si se

tratara de un entierro de verdad. Los niños seguían la comitiva con farolillos, imaginando que acompañaban a la sardina en su último viaje.

La abuela Remei se agachó junto a Martí y le explicó al oído:

— Lo hacemos para despedir la fiesta y recibir una época más tranquila. Pero, sobre todo, porque forma parte de nuestra historia: una historia que nos une como pueblo.

Martí empezó a entender. Cuando llegó el momento de colocar la sardina en un hoyo de arena preparado en la plaza, fue él quien la dejó dentro con muchísimo cuidado.

Al terminar la celebración se sintió contento. Ahora sabía que las tradiciones no solo sirven para divertirse. También ayudan a recordar quiénes somos y a compartir momentos especiales con la familia y los amigos.

— ¡El año que viene haré yo la sardina! —anunció entusiasmado.

Así, gracias a Martí y a los demás niños, el entierro de la sardina seguiría vivo en Vilafesta durante muchos años.